

Escribir sin papel

Relatos fantásticos



ENTREVISTA

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



ENTREVISTA

Me habían dicho que llevara ropa informal, que no hacía falta traje y corbata. Me lo habían dicho por lo menos tres personas, todos ellos amigos y con tanta experiencia en estas cosas como yo, por lo menos. Yo no sabía muy bien cómo aparecer, porque en una entrevista de trabajo hay que dar buena impresión. Pero no puedes saber qué va a considerar buena presencia el que te entrevista. Puede ser un remilgado o puede estar buscando la imagen de un chico de hoy, capaz de estar a la moda en la ropa y en la técnica. Ropa informal, sí, pero cómo de informal.

Me aventuré por fin con pantalones chinos, polo liso y americana. Antes de salir de casa miré con dudas el traje, con su corbata preparada sobre las solapas, tendido todo encima de mi cama para ayudarme a tomar la decisión.

Un amigo decía que las entrevistas de trabajo iban poniéndote progresivamente menos nervioso cuantas más hacías. De manera que cuando ya podías ir al sitio sin que te preocupara nada, descansado y sin nervios, entonces era cuando empezabas a tener posibilidades de ser contratado. Eso no iba conmigo, según parece, porque cada rechazo hacía que la ansiedad en la siguiente entrevista creciese. Y ya llevaba unas cuantas, así que para tragar el café del desayuno tuve que dejar primero que se deshiciese el nudo que taponaba mi estómago. La idea de un nuevo rechazo me sofocaba, me impedía respirar con soltura, me daba ganas de llorar.

No era el trabajo de mis sueños. Ni siquiera estaba del todo relacionado con mi currículum. Era una vez más la posibilidad de ganar algo de dinero para salir de mi casa (de casa de mis padres, se entiende) y empezar a no sentir rubor en las conversaciones en las que se pregunta ¿y tú, en qué trabajas?, empezar a no considerarme un inútil o un gorrón, empezar a no ver en la cara de mi padre el enfado-lástima

de verme aún en esa situación. Definitivamente estaba desesperado. Y ese día, esa mañana, estaba muy mal, muy mal.

El nudo del estómago, el ahogo y las ganas de llorar vinieron conmigo todo el camino. Iba mirando a la gente que se me cruzaba y me sentía más triste aún. Al llegar a la parada del autobús y sentarme bajo la marquesina notaba el peso de todo mi cansancio y volvieron a planear sobre mí las ganas de salir corriendo hacia una cafetería, pedir un desayuno y leer el periódico sin acordarme de nada más, abandonando la posibilidad de caer en otro chasco. El número mil en mi cuenta de chascos. Se sentaba la gente a mi lado sin mirar ni hablar. Alguno prefería esperar dando pequeños pasitos por delante de los que estábamos sentados. Y sin mirarlo, yo le gritaba por dentro ¡Quieres sentarte de una puta vez, que nos estás poniendo del hígado, imbécil!. Y como no era capaz de decirlo para que me oyera (menos mal), la tensión crecía y las manos empezaban a temblarme.

Llegó el bus y me subí detrás de una señora y delante dos jóvenes de aspecto universitario. Busqué con la vista, había muchos sitios libres. Elegí uno con ventanilla y me dejé caer también allí. Vi que se había subido también un vecino mío, un hombre de expresión tristonca que tenía un hijo amigo de mi hermana pequeña y otro de mi edad, al que saludaba pero no conocía mucho. Mi vecino se sentó por delante de donde yo estaba, así que podía ver su espalda y su cabeza. Llevaba una gabardina parda gastada y algo sucia. El pelo estaba desordenado, sin llegar a despeinado. Creí ver que iba bien afeitado y con un corbatín fino. A falta de otra cosa, tuve que ponerme a imaginar dónde iría ese hombre en el autobús. Pero como no sabía apenas nada de él, mi imaginación no llegó lejos. Al cabo de un minuto ya estaba pensando en otras cosas. Por ejemplo en la entrevista que iba a tener en media hora.

Llegamos a la parada señalada en el emile que me citaba para hoy. Yo los llamo emiles, me lo ha enseñado una compañera que los llama así por su hermano, dice que así se lee mejor la palabra. A mí me hace gracia esa chica y su manera de llamar a las cosas: su facultad es un listohouse, su ordenador es un centrífugo, sus libros son apechusques. Sus correos son emiles. Delante de mí se bajaron cinco personas, entre ellos mi vecino. Por timidez o por pereza, luché para que no me viera y

me reconociera. Una tontería, porque no creo que sepa quién soy y aunque me hubiera visto, sospecho que ni me habría mirado. De todas maneras, me paré un poco al pisar la acera, como perdiendo tiempo. Esperé a ver por dónde iba. Él estaba desorientado y miraba las casas que tenía delante. Al fin echó a andar calle abajo. Y yo volví a pensar en lo que me tenía cerrado el estómago, en lo que me tenía las lágrimas a punto de caramelo, en lo que me tenía.

De la parada al edificio donde estaba la oficina había poco trecho. Subir por la calle hasta el segundo cruce y, tomándolo a la derecha, andar siete portales. Calle Arsuaga, número 12. Lo dije mentalmente cuando vi el cartel sobre el portal, y en ese instante un horrible retortijón me fulminó el vientre. Me apoyé en la pared de otro edificio con los ojos cerrados. No era la primera vez, ya sabía que se me iba a pasar y que tampoco eso me libraría de la entrevista.

En la oficina había un ligero jaleo. Al menos seis personas iban y venían de una puerta a otra. En el recibidor estaba la chica que hacía de recepcionista y atendía al teléfono exterior y al interior. Con cortesía me invitó a sentarme donde ya esperaba otro aspirante. Estaban entrevistando a alguien. El que estaba todavía esperando traía su precioso traje con su corbata a la moda. Y yo con los chinos. Me refugié en que a lo mejor buscaban a alguien dinámico y actual. Salió el que estaba dentro del despacho rotulado como Reuniones. Se esforzó por no dejar ver ninguna expresión, ni buena ni mala. Dijo su adiós sin mirar a nadie y se largó.

El del traje fino tardó apenas diez minutos. Se fue sin decir siquiera su adiós. La telefonista-recepcionista ni levantó la cabeza de su dietario. Al cabo de unos segundos recibió por teléfono la orden de darme la orden de entrar.

Dentro, lo de siempre. Unos cuantos empleados disfrazados de ejecutivos, todos hombres, con carpetas abiertas ante ellos, se supone que con algún dato mío. Todo mentira, porque de mí sólo tenían el nombre y la edad. Así que no sé qué mirarían tanto y tanto en aquellos papeles. Alguno de ellos tenía exceso de perfume y todos lucían un precioso aspecto de recién duchados. La mesa era redonda, como para

diez o doce personas. Ellos eran cuatro y estaban sentados uno junto a otro. Así que el entrevistado se sentaba frente a ellos.

Mi entrevista duró poco más de quince o veinte minutos. De todo lo que preguntaron y contesté no recuerdo casi nada, aunque esa mañana lo podría haber recitado todo de memoria, palabras y gestos exactos. Cuando por fin demostraron que yo no era la persona adecuada, respiraron hondo y uno cerró la carpetilla con mis datos inventados o inexistentes.

–En caso de ser seleccionado, ya le llamaremos antes del sábado.

Yo, que habría dado cualquier cosa por ser seleccionado allí mismo, sabía sin embargo que me largaban con patada incluida. Mi padre volvió a mí, con su expresión triste de enfado–lástima, lástima–cariño. Las lágrimas borraron su cara, aunque no llegaron a pasarse por la mía.

Mierda, mierda y mierda. No supe encontrar otra palabra mientras me despedía de los cuatro gestos de hastío. Oí lejano un murmullo, que debió de ser su encantados o su hasta pronto.

No tenía ganas de llorar. Era sólo que la garganta se me había taponado y no conseguía ver correctamente, como si la presencia de mis pensamientos o de mis sentimientos tapasen lo que mis ojos veían. Veía con mis ojos lo que estaba pensando, lo que estaba sintiendo. La sangra se me agolpó en la cabeza y apenas podía caminar derecho. Abrí la puerta, la traspasé y la cerré detrás de mí. Busqué entonces un lugar donde quedarme a descansar unos segundos, porque sabía que no podría salir de la oficina a la calle sin sufrir un desvanecimiento. Vi la máquina de la que bebían unos minúsculos vasitos de agua los empleados y fui hasta ella. Quizá, pensé, un poco de agua me iba a sentar bien.

Mientras me agachaba a coger un vaso de plástico, oí que nombraban a alguien, al siguiente aspirante. Me temblaba la mano, el vaso no iba a poder sujetar el agua sin que se cayera parte al suelo. Vi de reojo que alguien se movía y avanzaba hacia el despacho de las entrevistas. Abrí la espita y a la vez interpreté lo que me había parecido ver: una gabardina parda sin brillo de nueva. Giré la cabeza: era el vecino con el que había hecho el viaje en el autobús.

La puerta se cerró dejándome sin ver su cuerpo desgarrado y tristón.

Entonces, después de beber un poco de agua, quise sentarme en un silloncito bajo que había para el que esperara. Mi idea de ese vecino mío había cambiado instantáneamente. De ser un personaje anodino, visto con mi soberbia como un hombre sin gracia ni interés alguno, pasó a tener cara, familia, historia. Recordé que mi hermana me había contado que ese hombre había quedado en paro. De esto hacía mucho, a lo mejor incluso meses. ¿En qué trabajaba? ¿Era oficinista? ¿Operario en alguna fábrica? No recordaba nada. No sabía nada. Su historia era ahora muy palpable para mí. Yo, el importante, el joven preparado pero atizado por el drama del paro, yo no tenía en realidad una historia. Ese hombre sí. Ese hombre tenía la desgracia de no poder dar nada a su familia y su pobreza lo hacía un héroe épico. Trágico, más bien.

No pude irme sin saber si conseguía el trabajo. A lo mejor su preparación o su experiencia jugaban a su favor y los cuatro rostros de cera humanizaban su boca para decirle que estaba admitido. Mi rechazo ya no tenía mucho protagonismo, lo había robado todo ese hombre sin gracia, con su atuendo externo y su historia simple. Así que me quedé hasta que saliera.

Al cabo de quince minutos, poco más, se abrió la puerta. Nadie esperaba a ser llamado, él era el último aspirante por el momento. Asomó su cuerpo lento, se giró, saludó con amabilidad y cerró la puerta. Yo me levanté y mis pies me llevaron hasta cruzarme en su paso. Pensé que me reconocería a simple vista, ahora no me escondía de él, quería que me viera.

A pocos centímetros de él, me detuve. Le pregunté: "¿Ha conseguido usted el trabajo? ¿Qué le han dicho?"

Él no me oyó. No me vio. Caminó sin verme a mí, ni a la señorita que nos iba citando, ni la máquina del agua, ni el silloncito, ni nada de nada. Sólo la puerta de salida. Me aparté para que no tropezara conmigo. Por supuesto no me contestó. En sus ojos seguía instalada la misma tristeza de siempre, la misma con la que había entrado.

Yo me quedé como un idiota en medio de la oficina. Me miraba la señorita. Salí de allí sin despedirme.

Volví andando a mi casa.